INSCRIPCIÓN EN UNA LÁPIDA

Incluso en tierra extraña pervive de cada persona un recuerdo no escrito, un recuerdo que está más en los sentimientos que en la realidad de una tumba.

TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 43

TODO COMENZÓ EN UN CEMENTERIO

Todo comenzó en un cementerio. No podía ser en otro lugar; tampoco de otro modo.

Durante poco más de media hora, el tiempo justo que duró el entierro de Damián López, resistimos de pie bajo el sol del mediodía como espantapájaros con hombreras, cabizbajos quizá en señal de un anómalo sentimiento de culpabilidad sólo por creernos a salvo, siquiera provisionalmente, ante la más peliaguda de las contingencias. Ya se sabe que el estremecimiento que suele embargarnos en las comitivas fúnebres responde en el fondo a un banal instinto de autoprotección, como si limara astillas en la revelación de lo que no tiene remedio. La pureza que destila ese dolor no sirve de nada para los que se van, sino para los que quedamos, y así y todo, aunque alivia, no puede evitar el estropicio ni la sensación de desconfianza que provoca toda muerte próxima, algo que de entrada te vuelve aprensivo y a la larga te obliga a chasquear la lengua con frecuencia.

Tío Quico, como buen superviviente legitimado por las canas, me lo había explicado a su manera al traspasar el umbral de la puerta del cementerio:

—¿Te das cuenta cómo, en las películas del Oeste, los que viajan en caravana van cayendo de uno en uno por el ataque de los apaches? —me preguntó en voz baja.

—Sí —respondí.

—Y las flechas silbando, y venga, y dale, y los de la caravana se parapetan, y los apaches no paran de correr, pero tampoco acaban de echárseles encima.

—Sí, sí.

—Pues así me encuentro yo, viéndolas venir. Las flechas.

Codo a codo, quedamos abstraídos bajo el efecto de estas cavilaciones expresadas con un bisbiseo mientras a cierta distancia introducían el féretro de Damián López en las fauces del nicho que le había tocado en suerte. Sólo se dejaba escuchar alguna que otra palabra suelta, seca, del sepulturero en sus menesteres. Todo lo demás era silencio, que no vacío.

Por lumbrera, a Damián lo considerábamos uno de nuestros mayores orgullos. Después de haber recibido de manos del “Generalísimo” Franco un diploma especial como mejor bachiller de España, se había convertido en el médico con más talento de su promoción, suprema marca de prestigio en la infinitud de la posguerra española; pero además, y por encima de todo, con el tiempo llegaría a transmitir como nadie nuestra idiosincrasia de isleños atlánticos: sin dejar de ponerse a la altura de cada cual, se manifestaba locuaz pero cadencioso, con la transparencia del hombre hecho a sí mismo, y en las farras de amigos lo mismo cantaba romanzas de zarzuela que se le daba tocar el acordeón o la flauta travesera. No había nada raro en estas habilidades ni en estos

divertimentos, puesto que Damián era el primogénito de Felipe López, el eminente Maestro López, músico de fuste, el primero con carné de profesional en la isla de La Palma, formado en el Conservatorio de Madrid con una beca del Gobierno en tiempos de la II República, alumno de Falla, amigote de tertulia de los más ilustres poetas del 27, compositor de himnos marianos, pianista, arreglista, profesor de solfeo y director fundador de la sandunguera Orquesta López y la campanuda Banda Municipal Santa Cecilia.

Tío Geno había apadrinado a los cinco hijos varones del Maestro López, y creo que así queda dicho todo sobre la pujanza de nuestras relaciones, tan indisolubles como las de consanguinidad. Ahora ambos compadres, muertos hacía muchos años, aguardaban la llegada de Damián a un paraíso colmado de músicas y francachelas. Eso apuntó tío Quico, transido por la emoción, a varios metros del ataúd.

–Tremenda acogida. Me los imagino brindando entre copitas de malvasía –dijo cubriéndose la boca con la mano.

–Ojalá –concluí, como con un amén. A fin de cuentas a eso se avenía nuestra particular despedida: a la ensoñación del mejor recibimiento allá donde correspondiese.

De cualquier modo, en cuanto recibe su puñado de cal, el recuerdo del ser querido pasa al segundo plano de la historia, sea cual sea y de quien sea –así de terrible resulta, y así de simple–, a pesar de turbarnos con el débil eco de un adiós: “Ten mucho cuidado... Ten cuidado... Cuidado...”, parece que nos advierte con la boca torcida por el *rigor mortis*, atroz como una careta de carnaval. Ese mensaje, real a más no poder, no debiera sonar a broma. Menos mal que se va

apagando solo, tras vagar entre los cuchitriles de nuestra consciencia. ¿O de nuestra inconsciencia?

Al darse la vuelta para no ver cómo sellaban el nicho, tío Quico se entretuvo deletreando nombres propios de viejas lápidas en la pared que se alzaba a nuestras espaldas. A él, un vitalista reacio a prodigarse en sepelios, le producía repelús la cuadrícula de aquel escenario enjalbegado a la intemperie, frío como una pila de archivadores entre flores que caducan enseguida. De pronto, sin poder ocultar su sorpresa, susurró:

–Pero..., mira por dónde...

Me giré hacia lo que sus ojos observaban con tanta atención, ajena por unos minutos a la parte más acongojante del entierro. Era una lápida de mármol lechoso, sin vetas, desde el cual brillaba un sinfín de partículas como de vidrio. La inscripción, rebajada a cincel y repasada con pintura negra, rezaba:

El Señor Don Sabas Jorge Vix.
22 enero 1935. A los 48 años de edad.
Recuerdo de su hermano Pedro
y sobrinos del Circo Toti.

–Míster Sabas... –murmuró tío Quico, tal que en un saludo, al percatarse de mi gesto de interrogación.

Atrás, el carraspeo del sepulturero y los chasquidos de su cuchara de albañil sobre el cemento húmedo daban un último aviso para la partida de Damián, como sentenciando con gravedad: “Se acabó lo que se daba”.